

DISCURSO DEL PRESIDENTE DE MEXICO, MIGUEL DE LA MADRID HURTADO, ANTE EL COUNCIL ON FOREIGN RELATIONS DE NUEVA YORK

Distinguidos miembros del
Council on Foreign Relations;

señoras y señores:

Deseo, en primer término, agradecer la invitación que me formuló el Council on Foreign Relations para intercambiar puntos de vista acerca de aquellas cuestiones internacionales que más interesan al gobierno de México. Resultan especialmente propicios encuentros como el que hoy celebramos, que contribuyen a un mejor entendimiento entre pueblos y gobiernos.

El día de ayer me dirigí a la Asamblea General de las Naciones Unidas para expresar el respaldo del gobierno de México a esta Organización que, a pesar de sus limitaciones, es el único foro que puede impulsar un orden internacional que se sustente en el respeto al Derecho, en la cooperación para el desarrollo y en formas eficaces de entendimiento y negociación política.

A 41 años de la creación de la Organización de las Naciones Unidas, existen significativos avances en algunos capítulos de las relaciones internacionales. La ciencia y la tecnología han incrementado su capacidad de crear un mundo mejor. Dos conflagraciones mundiales han dejado una dolorosa huella y el hombre pareciera haber adelantado en su comprensión de sí mismo y de la historia. Empero, han crecido también las amenazas a la paz, se han revertido procesos de desarrollo económico y se han multiplicado acciones y omisiones que vulneran el orden jurídico internacional.

Evaluar el desempeño de la Organización de las Naciones Unidas y proveer los medios para su mejor funcionamiento es deber y derecho de todos los Estados. Ciertamente es que la capacidad de esa Organización puede fortalecerse si se corrigen insuficiencias y desviaciones, pero también lo es que sus limitaciones actuales se explican más por la falta de voluntad política de algunos gobiernos para hacer de ella un eficaz instrumento de concertación y solución de problemas y controversias.

La crisis que sufre nuestro mundo se puede definir como una crisis de los mecanismos de concertación y entendimiento. Desafortunadamente, experimentamos hoy una escalada de tensiones globales y regionales; aumentan la incertidumbre y la desconfianza que resultan de la carrera armamentista; la recesión económica

afecta a la mayoría de los países; se manifiesta igualmente una grave incapacidad para resolver diferencias por la vía de la negociación y el Derecho.

Mi gobierno ha reconocido siempre que el progreso y la estabilidad de México dependen esencialmente de los esfuerzos nacionales. No obstante, es innegable que el factor externo resulta hoy fundamental para favorecer o frenar tales esfuerzos. De ahí que en los años recientes la política exterior de México se haya comprometido activamente en la lucha contra la amenaza nuclear y el acelerado armamentismo; contra la crisis económica y sus efectos tan adversos en países como el nuestro; por una solución pacífica del conflicto centroamericano; porque nuestras relaciones con Estados Unidos se desarrollen en forma mutuamente respetuosa y fructífera.

Por ejemplo: en unión de los gobiernos de Argentina, Grecia, India, Suecia y Tanzania, el de México ha convocado a las grandes potencias a suspender los ensayos nucleares y a entablar negociaciones para detener una carrera de armamentos que distorsiona la economía mundial y desvía recursos que son necesarios para la producción y el crecimiento. Prevenir la destrucción de nuestra especie no es deber exclusivo de las potencias nucleares. En una conflagración nuclear no habría espacio para la neutralidad. Todos terminaríamos siendo aliados en la muerte.

Las propuestas que suscribimos recientemente en la ciudad mexicana de Ixtapa son viables en la medida en que Estados Unidos y la Unión Soviética tengan voluntad política de entendimiento. Entre ellas destacan las que se refieren al establecimiento de un sistema de verificación de una moratoria de los ensayos nucleares que incluiría nuevas estaciones de vigilancia y la utilización de las ubicadas en ambas superpotencias.

Señoras y señores:

El clima de tensiones que genera la competencia entre las grandes potencias se encuentra vinculado a diversos conflictos regionales que alteran la estabilidad mundial. La rivalidad Este-Oeste distorsiona con frecuencia la naturaleza de problemas y procesos políticos de estricto carácter nacional o regional.

Crisis políticas como las de América Central, el Oriente Medio, el Sudeste Asiático y África Austral, se inter-

pretan conforme a criterios geopolíticos o de equilibrio de poder internacional; también como riesgos a la seguridad nacional de las potencias y hasta como retos a la supremacía ideológica. Por lo mismo, muchas veces se ignora que la injerencia extranjera o el retraso y la injusticia originan o alimentan los conflictos nacionales y regionales.

México es vecino inmediato de la crisis centroamericana. Ahí los enfrentamientos derivan de antiguas insuficiencias políticas, económicas y sociales. El reclamo de bienestar y justicia es una constante. Empero, después de largos años de inestabilidad, los países de esa región no han podido entrar en la senda de la paz y el desarrollo. Por el contrario, los conflictos nacionales han rebasado sus fronteras; se han internacionalizado por la presencia de intereses foráneos; las economías han sufrido regresiones de varios lustros y no estamos lejos de afirmar que la lucha por la independencia y la libre determinación vuelve a plantearse con tal fuerza que la historia pareciera volver atrás.

El gobierno de México ha desplegado un intenso esfuerzo diplomático para conciliar los intereses legítimos de las partes y evitar la generalización de la guerra. Junto con Colombia, Panamá y Venezuela, que constituyen el Grupo de Contadora, y con el apoyo activo de Argentina, Brasil, Perú y Uruguay, países que representamos cerca del 90% de la población de Latinoamérica, hemos demostrado que la negociación es posible entre gobiernos que en 1983 estaban incomunicados; que la guerra y la intervención foránea pueden frenarse y que es viable, si hay voluntad política, suscribir un acuerdo regional que atienda, integralmente, los aspectos políticos y de seguridad, así como los problemas económicos y sociales que están en la raíz de la crisis.

Hoy podemos afirmar que una conflagración bélica en América Central daría lugar a grandes corrientes de refugiados hacia México y hacia Estados Unidos; daños profundos a la infraestructura productiva de los países centroamericanos; una severa desatención a prioridades sociales por enfrentar imperativos militares; deterioro de la sociedad civil y de las posibilidades de avanzar en la democracia. Un conflicto armado generalizado en América Central constituiría un grave riesgo para las relaciones armónicas que deben prevalecer en el Continente Americano.

Los mexicanos no deseamos una escalada militar en América Central; tampoco una paz que se sostenga con artificios políticos y recursos extrarregionales. La inestabilidad socavaría derechos inalienables de los pueblos centroamericanos y crearía condiciones de alto riesgo para los intereses vitales de México y de otros países latinoamericanos. De ahí que persistamos en promover entendimientos por la vía diplomática, como una alternativa histórica y racional para América Central.

Señoras y señores:

En la frontera entre México y Estados Unidos comienza también América Latina.

A pesar de nuestras diferencias, los latinoamericanos integramos una comunidad de cultura, lengua y religión, unida igualmente por el empeño de encontrar vías que conduzcan a un desarrollo independiente y digno.

Hoy, la crisis económica agudiza insuficiencias tradicionales y genera nuevos problemas. La mayoría de los gobiernos hemos emprendido, con altos costos sociales, procesos de reordenamiento económico. Sin embargo, nuestros esfuerzos han enfrentado variables externas adversas, sobre las cuales poco o nada podemos hacer sin una decisión seria de cooperación internacional. Ellos resultarán insuficientes si no se modifican las condiciones externas que constantemente frustran planes y hasta logros penosamente construidos.

La interdependencia, como signo de nuestros tiempos, ha tenido para los países latinoamericanos expresiones negativas: ha acentuado los desequilibrios y la vulnerabilidad. Entre Estados Unidos y América Latina es urgente encontrar nuevas fórmulas de cooperación respetuosa.

El problema del endeudamiento externo, las altas tasas de interés, las caídas drásticas de los precios internacionales de nuestros productos básicos y el proteccionismo que daña a las exportaciones son algunos de los factores que impiden restablecer las condiciones para el crecimiento de las economías de Latinoamérica.

El caso de México es, sin duda, ejemplo de las contradicciones que hoy enfrenta un país en desarrollo. A pesar del esfuerzo extraordinario que pueblo y gobierno han realizado en los últimos cuatro años, variables externas han obstaculizado drásticamente la reordenación de la economía y el retorno al crecimiento. Sólo la reciedumbre y madurez cívica de los mexicanos, así como la solidez de sus instituciones, han permitido enfrentar las dificultades sin caer en la inestabilidad o el rompimiento de las bases que dan unidad a la nación.

México muestra los límites objetivos de los procesos tradicionales de ajuste. Nadie puede sensatamente imaginar que se pueden detener las expectativas de progreso de un pueblo, sin arrostrar enormes riesgos políticos.

Empleo, salud, alimentación, educación y vivienda, no pueden ni deben ser desatendidos. Ningún país puede crecer sin paz social, sin recursos frescos para la inversión productiva, sin divisas que estimulen la productividad y la capacidad de competir en el exterior.

Señoras y señores:

México ha vivido en las últimas décadas cambios de gran magnitud. El país agrícola y rural cedió paso a otro, esencialmente industrial y urbano. Una economía tradicional dejó su lugar a otra diversificada y crecientemen-

te moderna. El desarrollo social se ha traducido en una elevación notable de los niveles de vida de la población y, a la vez, en mayores demandas de empleo y de participación política.

En años recientes, sin embargo, se ha manifestado la necesidad de inducir importantes transformaciones a la estructura económica, a fin de seguir avanzando en el proyecto nacional. El país sigue cambiando bajo el impulso de un Estado que ha construido su legitimidad sobre la base de un vigoroso pacto social.

La decisión de ingresar al Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT) y modernizar el sistema comercial del país; la racionalización del sector público; la reorientación del gasto público para aplicarlo con mayor disciplina y eficacia; la desincorporación del ámbito estatal de empresas que no son estratégicas ni prioritarias; los esfuerzos de reconversión industrial para revitalizar sectores y áreas rezagados; el fortalecimiento de las finanzas públicas y el apoyo a la eficiencia productiva y a la exportación son, entre otras acciones, muestra fiel de los cambios que promueve el gobierno de México.

La modernización del país enfrenta obstáculos externos como el dramático derrumbe de los precios del petróleo, nuestro principal producto de exportación. Nos proponemos avanzar en el saneamiento de las finanzas públicas, pero nos afectan las altas tasas de interés en los mercados internacionales del dinero. Cumplimos con las obligaciones contraídas con la comunidad financiera, pero tenemos el deber de no sacrificar crecimiento ni los legítimos requerimientos de la población.

Señoras y señores:

Las relaciones entre México y Estados Unidos han crecido en complejidad y potencial. Son innumerables los vínculos de cooperación e intercambio en los campos comercial, científico y tecnológico; académico, cultural y turístico; en el combate a la contaminación y al narcotráfico, entre otros. Nuestra frontera es, sin duda, una de paz y colaboración que, sin embargo, por su longitud e intensa interacción, no está exenta de tensiones y riesgos de conflicto.

Compete a ambos gobiernos asumir una actitud de previsión y objetividad que reconozca la verdadera dimensión de los hechos, que los ubique en su propio contexto; que se anticipe a los problemas o que los resuelva, en lo posible, antes de que se tornen en factores de conflicto.

El Presidente Reagan expresó hace poco su convicción de que hay que hablar con el amigo, no del amigo. En efecto, monólogos o recriminaciones no pueden suplantar la riqueza del diálogo. Las interpretaciones unilaterales generalmente simplifican la realidad o bien la exageran. Los prejuicios distorsionan sucesos que son perfectamente explicables en un país, al hacerlos aparecer como cuestionables en el otro.

Es así que hechos políticos y económicos que han tenido lugar en México han cobrado notoriedad en Estados Unidos. Desafortunadamente, se han difundido observaciones equivocadas, fragmentarias o injustas; otras veces, se han descrito como fenómenos generalizados lo que son hechos excepcionales.

Con frecuencia, en Estados Unidos se vierten opiniones que reflejan franca incomprensión de la realidad mexicana. Esa incomprensión se refiere lo mismo al sistema político mexicano que a la economía mixta y a la participación del Estado como su promotor y regulador; igual al régimen de inversiones extranjeras que a la fuga de capitales; tanto a la naturaleza de los compromisos sociales del Estado mexicano como al esfuerzo para combatir la corrupción o el narcotráfico.

El sistema político y económico de México es producto de una revolución social que se inició hace casi 70 años. Entonces se fraguaron las bases de una sociedad democrática que hoy admite y alienta el pluralismo político; que ha mantenido un desarrollo con estabilidad social por más de medio siglo. El México actual es, con sus cualidades y contradicciones, con su fuerza productiva y su firme identidad, el producto de una lucha persistente por definir un proyecto nacional que, sin duda, posee características propias.

No faltan quienes creen —o pretenden creer— que sólo hay una democracia, la suya; que no existe mejor sistema económico que el de ellos; que no hay otra estructura social válida que la propia. Hoy en día no se pueden trasplantar indiscriminadamente modelos y fórmulas. La uniformidad no ha sido nunca característica de las sociedades humanas; por lo mismo no ha sido ni podría ser impuesta. La realidad internacional de hoy es muestra incontestable de pluralidad; de una diversidad que no necesariamente es sinónimo de contradicción o conflicto sino más bien de una más rica convergencia.

Señoras y señores:

Es interés de México y de Estados Unidos mantener una atmósfera de entendimiento político, de equidad y de respeto que facilite la cooperación y los intercambios. La amistad que define a la gran mayoría de los contactos entre mexicanos y estadounidenses, así como la mejor comprensión recíproca de nuestras realidades, hacen que los tres mil kilómetros de frontera delimiten, mas no separen a dos grandes naciones que están destinadas a vivir juntas para siempre.

Muchas gracias.

Nueva York, N.Y., 25 de septiembre de 1986.